

EL NOTICIERO DE MURCIA

DIARIO DE INTERESES GENERALES, NOTICIAS Y ANUNCIOS.

NUMEROS DEL DÍA 10 CENTIMOS DE PESETA.

PRECIOS DE SUSCRICION

Murcia: un mes, 6 rs.—Fuera: un trimestre, 20 rs.—Un semestre 40 rs.—Un año, 80 rs.—Pago anticipado.—Números atrasados un real.

Dirección y administración: calle de Lucas.

PRECIOS DE INSERCIÓN.

Línea de anuncios á medio real.—Avisos oficiales, comunicados, etc., á precios convencionales y módicos.

IMPORTANTE.

Reunida la prensa local ha acordado entre otras demostraciones, para corresponder dignamente á la solemnidad que París celebrará en favor de nuestra infortunada provincia, publicar en la misma fecha que en aquella capital se haga el periódico «Paris-Murcia», un solo periódico que se titulará «Murcia-Paris», y que será redactado por escritores murcianos.

A este efecto se invita á los escritores hijos de Murcia, para que se sirvan coadyuvar á este pensamiento, remitiendo algun trabajo, producto de su ingenio, dedicado expresamente al propósito de la publicación.

La prensa murciana no duda de que los escritores murcianos se apresurarán á la mejor realización de esta idea, que significa la gratitud y la justa correspondencia al pueblo francés.

Hasta el día 1.º de Diciembre

e. reciben los originales en la redacción del «Semenario», Cadenas, 4, bajo.

EL NOTICIERO.

LA CATASTROFE DE MURCIA ANTE LA CIENCIA

Ante el espectáculo consolador y magnánimo que presenta el país entero atristado por la catástrofe de Murcia, acudiendo á manos llenas á remediarlo, no puede ménos de verse con orgullo patrio que España es un país que responde siempre de la manera más noble en todos los casos en que obra á impulsos del sentimiento. Por desgracia no puede decirse otro tanto de todo aquello en que la acción procede del modo de pensar, si tiene á su vez que basarse en útiles y profundos conocimientos prácticos, que no puede esperarse lleguen á la multitud; pero sería de desear al ménos que se hallarían familiarizados con los que pueden ejercer autoridad di-

recta en la ejecución, así como aquellos cuyas altas posiciones sociales dan lugar á que una opinión suya se acate por millares.

Murcia y Orihuela han sido víctimas de una horrible catástrofe, en la cual lo que se haga para remediarla, siendo muy digno de toda alabanza es muy dudoso que guarde proporción con el grado del mal; pero, sobre todo, no hay esfuerzo humano alguno que devuelva al padre el hijo perdido en la inundación; no hay manera de remediar la orfandad del hijo cuyo padre arrastró la corriente; y si á esa indole de pérdidas de los amores del alma se agregan las ilusiones acariciadas de mil maneras, se contrista el espíritu al pensar en la suma de sufrimientos morales que en caso se mejante se acumulan.

Pero ¿se trata de esas catástrofes absolutamente fuera del dominio humano? En nuestro juicio no es así, sino en parte. ¿Hay y donde volver la cara para hallar un cargo que hacer? ¿Hay con quien encararse

para señalarle á su vez el deber y decirle «he aquí tu obra?» Nosotros entendemos que sí; y como no creemos que el caso de Murcia varíe del de otros muchos pasados y futuros, sino en los incidentes que fijan la entidad, queremos aprovechar ocasión tan propicia para insistir una vez más en ideas que siempre hemos sostenido, y que cada vez vemos más lejos de entrar en las vías en que pueden dar resultados prácticos.

El caso de Murcia, no tenemos duda alguna que es uno de aquellos en que se demuestra, que un volumen de agua determinado que cae en una comarca accidentada sobre rocas que están desnudas de tierra vegetal, por falta de arbolado que contribuya á descomponerlas y retener el agua, llega ésta á tal precipitación al cauce de desagüe principal, que ese volumen de agua que debiera ser de inmenso beneficio, se convierte en horrible calamidad. Concediendo, por supuesto, que en este caso el efecto

—24—

en mi su mirada suave y pura, y dirigirme la dulcísima sonrisa que vagaba en sus labios.

En aquel momento Mayer se acercó, pasó officiosamente el paño por la mesa, al ver que yo me fijaba en ella, tomíendo sin duda que hubiera alguna mancha, y acabó de borrar aquella hermosura incomparable.

Lancé un suspiro, bebí de un sorbo la taza de café, desdoblé *La Patrie*, y me puse á leer. Pero en vano quise fijar mi atención en lo que el periódico decía; las columnas del mismo se confundían unas con otras ante mis ojos, las letras bailaban un confuso galop infernal, y sobre aquel *pandemonium* de caracteres de imprenta surgía como evocada por mágico conjuro aquella pálida cabeza de celestiales ojos y dulcísima sonrisa. Arroqué al fin con mal humor el periódico.

En esto volvió á acercarse Mayer.

—Hoy ha subido el consolidado quince céntimos, me dijo.

¡Hablar de treses á quien sueña con hermosuras sobrehumanas!

Me encogí de hombros sin contestar al buen suizo, paqué, y salí de la pastelería.

Pasó el verano, pasó también el otoño, y llegó el invierno. Yo había olvidado por completo el dibujo al lápiz, trazado por una mano desconocida en una mesa del salón de la pastelería del Suizo.

Una noche fui al Teatro Real. Cantaban Mario y la Patti la ópera *Martha*. El teatro estaba de bote en bote. Solamente un palco platea hacia notar su vacío en medio de la numerosa concurrencia que llenaba todas las localidades. Aquel palco se hallaba muy cerca de la butaca que yo ocupaba. De pronto vi dibujarse en el fondo una forma de mujer envuelta en un abrigo; dejó caer este negligentemente sobre uno de los asientos y se adelantó sentándose luego de espaldas á la escena.

No era posible la duda: era el original de la cabeza al lápiz del Suizo. La reconocí al punto y una enefable alegría se apoderó de mí al poder extasiarme en la contemplación de tan peregrina y celestial belleza.

Cuando fijé mi atención en el caballero que acompañaba

—21—

y afectuoso de mi amigo y sus hijas, que fueron pasando días y más días sin que yo me acordase para nada del Sardinero, ni de los baños de mar, objeto principal de mi viaje. Me encontraba como el pez en el agua.

No vayáis á creer que me entraron ganas de hacer el amor á alguna de las hijas del ex-tendero de ultramarinos. Nada más distante de mi pensamiento. Ni remotamente se me ocurrió la idea del amor al lado de aquellas dos jóvenes tan dignas, sencillas y sin pretensiones. Otra idea fué la que nació en mi mente y se fué desarrollando gradualmente hasta ocupar por completo mi pensamiento la idea del matrimonio. No amaba á ninguna de aquellas dos jóvenes, pero ambas me eran simpáticas en extremo, comprendía que cualquiera de ellas podía hacer la felicidad de un hombre y no creía que por mis condiciones y mi posición social me estuviera vedado el aspirar á cualquiera de ellas.

Y llegado á este punto, me propuse á mi mismo el problema de averiguar cual de las dos hermanas me era más simpática, á cual de las dos le parecía yo menos mal, cual me convenia más de ellas, en una palabra, á cual debía yo dirigirme, no para hacerla el amor, sino para pedirle permiso de hablar á su padre.

Las dos tenían conmigo iguales deferencias, el mismo trato afectuoso; en vano traté de ver en cual de ellas descubría simpatía mayor hacía mí; las dos me trataban de idéntica manera. Las dos me eran también igualmente simpáticas, sin que para mí ni en belleza, ni en buen carácter, ni en talento, ni en instrucción llevase ventaja alguna ninguna de ellas sobre la otra. Es más; como siempre las veía juntas, tampoco conseguía separar en mi pensamiento á la una de la otra, formaban para mí un todo perfecto, se contemplaban mutuamente, la una rubia como el día y la otra de cabello negro y ojos oscuros como la noche, y hasta se me figuraba una orosidad separarlas, y hasta llegaba á temer que si escogía á una había de echar de menos á la otra.

En estas dudas y vacilaciones fué pasando días sin que yo resolviese el problema que me había propuesto, ni me decidiese por Elia ó Paula. Podía haberme